

Prólogo

“De amor no saben porque el odio y la envidia son su estado de ánimo”.

Miguel A. González G.

*Amores prohibidos en
Kalkan*

Los autores de este libro de amor saben, también de novelar, de figurar literatura y ciencia en contornos académicos. Del libro y sus aportes dejaré para más adelante, por ahora me la juego con un mensaje a nuestros políticos, con la esperanza, vanidad tonta, de que lo lean; presiento que es arrojar una botella al mar con cartas -un viaje a lo ignoto- porque, al menos, las botellas al mar alguien las podrá revisar; de que los políticos lean textos sesudos, reservas tengo: ¿cuándo leen? ¿Leen ciencia?

Colombia no es un país de ciencia, ya nos lo indicó García Márquez. No lo ha sido porque el Estado ha vivido en los círculos de las políticas pícaras, de las confrontaciones, de las polarizaciones, de las corrupciones, sin tiempo para la ciencia ni recursos para financiarla; a la investigación científica no le invierten con imaginación a la guerra le invierten con ensoñación. El Estado sigue convencido de que los problemas se resuelven haciendo leyes, disparando y encerrando gente en las cárceles; falta un poco, eso sí, que el Estado, digo sus líderes, se autoencierren allí, para ver si en algún instante podremos darle un lugar serio y real a la ciencia en esta Colombia tropical, rendida a las grandes potencias, encerrada en reinaditos, futbolitos y fiestecitas.

Para olvidarnos de nosotros mismos aquí nos enseñaron a ver novelitas rosas, noticieritos ensangrentados, partiditos de fútbol, mafiositos del día; a fomentar el patriotismo, a leer librillos de autosuperación y a darle la espalda a las ciencias en todas sus dimensiones. La revista más consultada en Colombia es TVyNovelas, ese dato, de por sí, produce tristeza y explica, en parte, porque en aeropuertos u otros lugares públicos sus tv están mostrando farándula o noticiarios; de ciencia ni idea tienen.

Los prólogos, se ha dicho y se seguirá diciendo, son formas de prolongar un libro; herramientas para hacer más extensa la lectura, pero también, y esas suertes ocurren, son relevos lingüísticos que permiten a los lectores irse adentrando, a forma de panoramas, a lecturas que suelen ser densas: unas porque son casi palimpsestos y otras porque las gentes, cada vez, tienen menos tiempo de leer largos libros, y menos si devienen de investigaciones académicas. Heme aquí prolongando un libro elaborado por sujetos, mujeres, hombres y sus variantes. Estos son pensadores con cierta idea de sociedad y con allegados compromisos por un urgente cambio, primero lingüístico y, posteriormente, social.

Felicito a los directores de la publicación, a las autoras y autores de este gesto educativo, de este gesto intelectual que nos muestra que otros mundos sí son posibles y que Latinoamérica podrá dar ese gran salto social cuando los maestros se interesen por llegar al poder, por hacer de la política su lugar de conciliación para que, en algunos decenios, otros puedan historiar que por fin tuvimos dirigentes dignos para que nuestros investigadores en educación nos sigan dando rutas para movernos, para vivir y estar en imbricación con los grupos sociales y culturales de nuestra sociedad.

Los autores de este libro nos hablan de transcrear, de transgredir lo dado, de atreverse a nombrar y experimentar con campos de conocimiento en emergencia, de esos atrevimientos nos alimentamos cuando lo repetido dice poco; nos llaman a ser atrevidos, a creer que es posible modificar la rutina formativa, apoyados en ciertas estelas tecnológicas y en narrativas noveladas que nunca dejan de ser novedosas.

Novelar haciendo ciencia es una experiencia importante que se ha emprendido por distintos pensadores, cito ejemplos: La invención de Morel (1940), de Bioy Casares, en la que unos científicos experimentan con animales cambiando el orden de los sentidos; un poco antes aparece Julio Verne que, jugando con las ideas de su época, nos puso a todos a pensar en un posible Viaje al centro de la tierra o De la tierra a la luna (1865), este último viaje, por ejemplo, nos tomó un siglo para llevarlo a cabo. En ese mismo sentido, Mary Shelley, con su Frankenstein (1818), nos literaturiza la ciencia, nos regala la idea de que es

posible hacer vida con partes de otros cuerpos; casi dos siglos después ya no nos sorprenden con la posible materialización de ese sueño.

Utopía (1516), de Tomás Moro, es una política cientifizada que llega a su esplendor con una narrativa poética; una organización social perfecta, controlada por políticos bien dotados de inteligencia, en una suerte de continuidad mejorada de la República (381, a. n. e.), de Platón. Todas estas son visiones políticas pensando en una sociedad inteligente, en una sociedad perfecta, lo curioso es que son escrituras noveladas, tal vez, por eso es que las recordamos con mayor facilidad que las últimas sesudas investigaciones sobre las teorías de las cuerdas o la partícula de dios.

La ciencia novelada terminó por nombrarse ciencia ficción, es decir, exceso de visión, pero no una visión emocional, es una visión racional, con lógicas matemáticas, con lógicas filosóficas, con lógicas metodológicas, con lógicas cotidianas, con lógicas transgresoras, de esas escrituras se alimentan el cine y la televisión. De esa ficción próspera emergen las poco afables, las llamadas distopías, es poner en duda el exceso de razón; es tensar esa idea del progreso y de la perfección construida en la modernidad, clásico ejemplo de ello es *Un mundo feliz* (1932), de Huxley. En la actualidad están las escrituras posapocalípticas que, referenciadas en investigaciones serias, en alta ciencia, han encontrado maneras de situar a la sociedad posapocalíptica, sus posguerras, sus posfenómenos meteorológicos devastadores.

Los autores del presente texto se quedaron en ese interregno, ciencia-literatura, un lugar especial para no cansarnos de leer datos y emocionarnos con algunas historias que lucen bastante nuestras, bastante cercanas. Conversar con Marie Curie, con un compadre cualquiera, conectarse con Iron Man, *La Llorona*, *La Patasola* o *La Madremonte*, es una provocación que los autores nos dejan, una ruta más cotidiana; con esto me evocan a *Cien años de soledad* (1967), de García Márquez, quien nos muestra un científico torpe en José Arcadio, cuando Macondo y el mundo apenas nacen, hasta que al final el gran científico Aureliano descubre leer en otro idioma y traducir los escritos de Melquíades mientras va desapareciendo Macondo, algo así como que la ciencia y la magia no podrán desligarse porque nos emociona, nos conmociona, nos vincula.

He de felicitarles e invitarles a continuar en esta ruta cuyos laberintos apenas empiezan a descubrir, cuyos misterios los desafiarán, cuyos enigmas les servirán y nos permitirá darle a Latinoamérica un escenario mixto entre ciencia y literatura que nos emocione, que nos vincule, que nos ayude a razonar con emoción: en un corazonar el conocimiento.

Todo profesor, de cualquier latitud geográfica, comprometido con los saberes y entregado a la ilusión de un fausto devenir humano, es la joya de la corona (Miguel A. González G.).

PhD. Miguel Alberto González González
Docente, investigador, escritor, pintor
Universidad de Manizales, Colombia